

LITERATURA



Fernando Pessoa, Alberto Caeiro y otros del mismo tipo

REYNALDO BELLO GUERRIERI
Universidad Metropolitana
guebelin@cantv.net

Resumen

Objetivos: Comprender algo de la vida del poeta Fernando Pessoa través de algunos de sus heterónimos, o por lo menos los más relevantes, como Alberto Caeiro.

Metodología: Al explorar la obra de Fernando Pessoa, uno tropieza con el fracaso que marcó su existencia, pero también con la pluralidad que lo reivindica. Y esa pluralidad está puesta en sus muchos heterónimos, o en seis, que son sumamente importantes.

Resultados: Demostrar por qué Caeiro, junto a las enigmáticas personalidades de escritores de la talla de Ricardo Reis, Álvaro de Campos, Bernardo Soares, Antonio Mora y Coelho Pacheco, forman los pilares de lo que es la poética de ese universo llamado Pessoa.

Conclusiones: Como sabemos, una de las pluralidades de Pessoa es Caeiro, que además de ser uno de sus más lúcidos heterónimos, fue su maestro. Para Caeiro –y tal vez en esto estribe su enseñanza– “cada cosa es lo que es”. Pero al abordar cualquier poema suyo estaremos frente a lo que llama “su espantosa realidad”. En efecto, este poeta bucólico, quizá sin querer, conduce –como los otros heterónimos– hasta su autor: Fernando Pessoa.

Palabras clave: Heterónimos, máscaras, poesía, realidad, invención, pluralidad.



Abstract

Objectives: To understand something of the life of poet Fernando Pessoa and some of its heteronyms, or by except but the excellent ones like Alberto Caeiro.

Methodology: When exploring the work of Fernando Pessoa one encounters over the failure that frame its existence, but also with the plurality that vindicates it. And that plurality this putting in its many heteronyms or six, that are extremely important.

Results: To demonstrate so that Caeiro, next to the enigmatic personalities of writers of the stature of Ricardo Reis, Álvaro de Campos, Bernardo Soares, Antonio Mora y Coelho Pacheco, they form to the pillars of which is the poetic of that called universe Pessoa.

Conclusions: As we know, one of pluralities of Pessoa is Caeiro that moreover of being one of its but gracious heteronyms was its teacher. For Caeiro –and perhaps in this base his teaching– “each thing is what is”. But when approaching any poem his we will be as opposed to which it calls “its frightful reality”. In effect, this bucolic poet, maybe without wanting, leads –like the others heteronyms– until his author: Fernando Pessoa.

Key words: Heteronyms, masks, poetry, reality, invention, plurality.

Al leer, estudiar o explorar buena parte de la obra que se ha publicado de Fernando Pessoa, uno se tropieza con el fracaso que marcó su existencia, pero también con la pluralidad que la reivindica. Una de sus pluralidades es Alberto Caeiro, que además de ser su más lúcido heterónimo, fue, paradójicamente, su maestro. En realidad, cada uno aprendió del otro.

Para Caeiro –en esto estriba su enseñanza–, “cada cosa es lo que es” y eso le basta. Piensa que la poesía fluye franca sin que le importe el ámbito donde surja. En ese sentido (¡Dios para el panteísmo!), ella está en cualquier parte, así el alma al fusionarse con la naturaleza.

Muchos de sus versos señalan tal omnisciencia pero, al entrar a un poema suyo estamos frente a lo que llama su “espantosa realidad”. En efecto, esta invención, este raro poeta bucólico y pagano, quizá sin querer, conduce hasta su autor, hasta la realidad que lo creó: Fernando



Pessoa. No obstante, para comprender algo de la desconcertante y mítica vida de este bardo portugués hay que confrontar los textos y el mundo de sus otros heterónimos; si no todos (son una pléyade), al menos los más relevantes, como el ya nombrado Caeiro, que junto a las enigmáticas personalidades de escritores de la talla de Ricardo Reis, Álvaro de Campos, Bernardo Soares –el más burgués de sus heterónimos–, Antonio Mora y Coelho Pacheco formarán los pilares de lo que será la poética de ese universo de esencias y máscaras llamado Fernando Antonio Nogueira Pessoa.

El primer biógrafo de Pessoa, João Gaspar Simões, creyó que Ricardo Reis –otro alumno de Caeiro– fue engendrado debido a la estancia que el chico Pessoa tuvo en África del Sur, donde en Durban, y específicamente en Covent School, aprendió el inglés, y High School, donde bajo la égida del *headmaster* W.H. Nicholas, estudió con vehemencia la cultura clásica grecorromana. De allí que fuera el paganismo ligado a los designios del destino de estas dos impresionantes entidades lo que rigiera la impoluta moral del monárquico Reis.

*Las rosas amo del jardín de Adonis,
esas volubles amo, Lidia, rosas.
Mueren el mismo día
que nacen; luz eterna
es su día, pues nacen cuando nace
el sol, brillan con él, en él se queman,
y antes de que el carro alado
Apolo deje, mueren.
Hagamos, Lidia, nuestra vida un día,
olvidemos adrede que la noche
antes está, y después,
del poco que duramos.*

Caeiro sencillamente apareció por medio de la palabra mágica. El cantor de la Europa pagana –en un sentido más abierto que el de Reis– y de la naturaleza absoluta, no cree en nada, sólo existe. Para él, como dije, cada cosa es lo que es, aunque le cuesta explicar cuánto le alegra y



le basta eso. Por otro lado, con su descubrimiento vi la luz, las flores, el sol, los árboles, el mar... tal como “esas cosas” se muestran ante uno y, lo mejor, empecé a contemplarlas sin preocuparme por qué.

Respecto a Reis, Pessoa, en carta fechada el 13 de enero de 1935 y dirigida a Adolfo Casais Monteiro, afirmó que el autor de las *Odas* había nacido en 1887:

(no me acuerdo ni del día ni del mes, pero los tengo en alguna parte) en Oporto, es médico y en la actualidad reside en Brasil. Su estatura es un poco menor a la de Álvaro de Campos, pero es más fuerte, y más magro; su tez es de un moreno mate (...), educado en un colegio de Jesuitas, es, como dije, médico; vive en Brasil desde 1919, pues se expatrió (...). Latinista por educación ajena y semihelenista por educación propia¹.

Pero la cosa no quedó ahí, puesto que en *Páginas íntimas e de Auto-Interpretação*, Pessoa agenció más información sobre Ricardo Reis, aunque, en algunos aspectos como fechas y lugar de nacimiento, los datos no coinciden con los declarados en la carta a Monteiro.

En las *Páginas* dice que lo hizo nacer dentro de su alma “el día 29 de enero de 1914, hacia las 11 de la noche”. Eso en cuanto a su alma, porque la “biografía oficial” indicó otra fecha y lugar de nacimiento: el 19 de septiembre de 1887, y más precisamente a las 4:05 de la tarde, según el horóscopo que le elaboró. El alma de Pessoa estaba en Lisboa, pero la ciudad natal de Reis fue Oporto. Hay quien afirma que el cambio de lugar obedeció a que la austeridad de la ciudad sentaba mejor al espíritu ascético del poeta que bebía en las fuentes de la moral y la poesía latina. En cuanto a las fechas, el interés de Pessoa por la antropología y el ocultismo, asunto que tomó muy en serio, hizo que ajustara los personajes a condiciones astrales precisas que definieran un perfil preciso. Todo era muy complejo en este portugués que estuvo a punto de convertirse en ciudadano británico y que desdeñó el reconocimiento público².

¹ Flores, Miguel Á. (2002). “Ricardo Reis: Horacio escribe en portugués”. *El Nacional*, Caracas, Papel Literario, p. 3.

² Ob. cit., p. 3.



Paradójicamente, conozco a Pessoa a través de Caeiro. Confieso que éste me impedía leer con placer a Pessoa. Hoy disfruto ambos puntos de vista ante la vida. El de Fernando, por su despojamiento; el de Alberto, por su estética. A propósito, Paz en su ensayo sobre Pessoa especuló –con una frase que se ha prostituido y que especulo salió de otra de Zweig– que los poetas no tienen biografía. “Sólo raras veces tiene el poeta una biografía” dijo el vienés³. Pero si alguien escribe una, digo, no puede dejar de buscar en la obra del vate en cuestión. Al respecto, Pessoa no pudo mirarse en la materialidad del mundo. Por tanto, si se quiere saber de él, hay que rastrear en sus versos: los cantos a su soledad y aislamiento, los dedicados a su país, los que aluden al oficio de versificar, los que involucran la infancia... pero, ¿qué es más real en él: su vida cotidiana o las máscaras que creó? Después de todo, lo que le sucedió es producto de su imaginación. Él jugó con su apellido (Pessoa) y éste con la literatura. Keats, en una carta traducida por Rafael Cadenas, dice que “un poeta es lo menos poético de la existencia, ya que carece de identidad desde el momento en que se ve continuamente en la necesidad de ocupar el cuerpo de otro”⁴.

Para Caeiro, una piedra es sólo una piedra, y cada cosa es lo que es. Eso le basta, le llena, le hace feliz. Aunque como dije, le cuesta explicar esa felicidad. Él argumenta que la mayoría consigue problemas hasta en lo que no existe. Parafraseándolo: lo importante es existir; eso podría llenar al ser más exigente si tan sólo se diera cuenta de ello.

El fracaso marcó la existencia de Pessoa. La pluralidad reivindicó su obra. Pudo hablar de todo y de nada a la vez, incluyéndose él y sus otros. Para ello inventó soportes con sus respectivos espejos donde más de uno que se acerca a su obra intenta mirarse. En esos espejos, que poseen figuras continuas, los rostros ajenos se disipan y, cuando nos reflejan, parecemos fragmentados. ¿A Pessoa? Por supuesto, siempre lo veremos así.

³ Zweig, Stefan (1950). *Casanova*. México: Editorial Diana, S.A.

⁴ Balza, José (1973). *Lectura transitoria*. Caracas: En Negro, p. 27.(6) BENARES, Camden (1989). *El zen sin maestro*. Barcelona: Indigo. p. 87.



Caeiro, a diferencia de la mayoría de los poetas, no se bifurca. Va consigo a donde tiene que ir y acepta todo tal cual es. Mira una rosa y gusta de ella por ser una rosa. No tiene necesidad de encontrar lazos que lo unan al objeto de su agrado. Él sencillamente gusta de la vida. Esta podría ser una de sus lecciones: vale la pena haber nacido hasta para amar un árbol en noches donde nos acompañe el sonido del viento. Para él la grandeza, lo máximo, estriba en la existencia. Viéndolo bien, es suficiente: “basta existir para ser completo”.

Pessoa necesitó de todos los caminos a la vez. Poeta, al fin y al cabo, halló armonías en el dolor. Ese ser plural recorrió, aun sin querer, rutas del paganismo cristiano, y, contrario a Nietzsche, dijo, con una y otras voces, que “los dioses no han muerto; no se han ido, hemos dejado de verlos”. El hombre que quiso ser astrólogo es a veces moderno, a veces antiguo. Y esas son rutas legítimas por donde transitar; más para él, que no quería desperdiciar vías.

Eduardo Lourenço, filósofo y crítico portugués, advierte primero que nadie de la modernidad que encierran las penetrantes y lúcidas odas de Reis, a pesar de la precisión formal en que éstas fueron presentadas:

En su forma de imitar a la Antigüedad, en su perfección idealmente de mármol inscrito, dialogando con ella y en la verdad digna de ella, lo que sobresale es un fondo de angustia típicamente moderno, como moderna es la respuesta para la no-respuesta de donde nace y se expande⁵.

Para Caeiro, lo dicho puede interpretarse o decirse en infinitas formas. ¿Importa la manera? Lo importante es que el “movimiento” fluya suave, natural, sin tantos giros en la cabeza, sin pensar que alguien pueda estar observando, porque es sólo el sentir, tal como es, y son las palabras las que determinan. A uno lo podrían llamar cualquier cosa y Caeiro dice que “cada cosa es lo que es”. A menudo recuerda que eso de que a uno lo designen o lo etiqueten, no importa cómo, es digno de admi-

⁵ Flores, Miguel Á. (2002). “Ricardo Reis: Horacio escribe en portugués”. *El Nacional*, Caracas, Papel Literario, p. 3.



ración. Porque es difícil que a uno se le pueda llamar algo. Uno es lo que es, todo está en uno, y lo que de uno brota es lo que tiene valor, es lo verdaderamente importante. Es sencillo: el valor está en las cosas.

Respecto a Caeiro y lo que dice en el párrafo anterior, cabe preguntarse si su poética no está vinculada con clásicos lineamientos del budismo zen como los que se hallan –sea válida la muestra– en la siguiente parábola que expone Camden Benares:

Todo es cierto en algún sentido, falso en algún sentido y carece de sentido en algún sentido. Tener esto en cuenta es una estrategia útil para no perder la calma, por ejemplo, si alguien dice algo sobre ti que no es cierto, no te molesta, tanto si consideras que el comentario es positivo, como negativo. Es cierto en el sentido en que es lo que alguien cree que es cierto sobre ti; es esa verdad individual. Es falso en el sentido en que no representa tu verdad. Carece de sentido en que no cambia quién eres ni lo que eres, tu identidad es independiente de la opinión de los demás⁶.

Aunque en cuestiones de independencia ningún heterónimo pessoano fue más radical que el ingeniero Álvaro de Campos: “Nada me ata a nada”, dijo con afán de sensacionalismo al comienzo de “Lisbon revisited”. Y se estaba refiriendo a la ciudad de su infancia.

¿Pessoa contemplaba su tedio? Desde su fortaleza mental miraría los numerosos vericuetos de las palabras que juntó, muchas de las cuales se negó a pronunciar. ¿Supo dónde desembocaría el propósito de juntar tanto vocablo? Ricardo Reis sí lo supo y lo precisó en una excelente oda de corte filosófico: “Tanto cuanto vivimos, vive la hora / En que vivimos, igualmente muerte / Cuando pasa con nosotros / Que pasamos con ella”.

Las odas de Reis, en cuanto al léxico, poseen arcaísmos, latinismos y helenismos; la sintaxis es latinizante y hay figuras retóricas como el hipérbaton y la elipsis que dificultan la lectura a quien no está familiarizado con la antigüedad latina. Por otro lado las odas, en un principio, ape-

⁶ Benares, Camden (1989). *El zen sin maestro*. Barcelona: Índigo, p. 87.



nas fueron tomadas en cuenta y, cuando se las leyó con cierta atención, criticadas. No obstante, el entrañable amigo de Pessoa, Mario de Sá Carneiro, que se suicidó en París en 1916, las encontró irresistibles.

Veamos parte de la carta que el autor de *Dispersão e Indícios de Oiro* le escribió a Fernando el 27 de enero de 1914:

Admirables, mi querido Poeta, las *Odas* de Ricardo Reis. Ha conseguido realizar una novedad clásica, horaciana. Pues tal es la impresión que me han dejado. No sé por qué contienen elementos nuevos —en tanto no clásicas, paganas—. Y déjeme decirle: una maravilla de impersonalidad, pues si en Caeiro aún rezumaba de vez en cuando el Maestro Pessoa, no sucede lo mismo con los versos de Reis. Ellos, siendo suyos en la belleza, en el genio le pertenecen en conjunto. La primera estrofa, luego, en la primera oda es algo muy grande, muy nuevo —en su sencillez y en su clasicismo—. Horacio multiplicado por el alma⁷.

Caeiro cultivó el verso libre. Su escritura es un reflejo de su yo. Sus versos los escribió en el papel de su pensamiento. Y éste aún corre por planicies del presente. Sobre palabras cotidianas va sin adornos ni lujos verbales, sin preocuparse por la belleza. Pues para él, la “belleza es el nombre de algo que no existe”. Por otro lado, a él sólo le atañe el lugar que ocupa, y si alguien se halla más allá de la curva del camino, solamente estará más allá de la curva del camino, con su existencia, con su sentido de las cosas, el único que pueden tener y lo que las hace ser lo que son.

Pessoa se llamó a sí mismo poeta dramático. Dramatizó su vida y la de los seres que creó con la única intención de comunicar, porque la totalidad de esas partes llamada Pessoa reside en el lenguaje y su poder ilimitado. Mas su palabra es un símbolo con el cual se acerca al mundo; en cambio Caeiro, con la suya, sencillamente lo nombra.

Pessoa vivirá para la palabra. El insólito lenguaje al que llegó el portugués le permitió manifestar sus fantasmas. Mas, el suyo habita dos

⁷ Flores, Miguel Á. (2002). “Ricardo Reis: Horacio escribe en portugués”. *El Nacional*, Caracas, Papel Literario, p. 3.



casas y varios cafés de Lisboa, entre ellos su preferido, el Martinho da Arcada. En cuanto al lugar de nacimiento del futuro poeta, éste ocurre en el cuarto piso de un edificio ubicado a un costado de la plaza San Carlos. Justo enfrente del emblemático edificio está el viejo Teatro San Carlos. ¿No resulta lógico que Pessoa terminará construyendo vívidos personajes y a su manera haciendo teatro?

Muerto su padre, Joaquín de Seabra Pessoa, el chico, que no llegaba a cinco años, y su madre, doña María Magdalena, hubieron de mudarse a un nuevo piso, a uno más pequeño que habitan con resignación. Estas tempranas *saudades* serán motivo de escritura a lo largo de la vida del creador de la heteronimia poética, la cual tuvo como norte manifestar por medio de la lengua los avatares de su gris existencia.

¿Podemos hablar de un Pessoa renovador de la lengua portuguesa? De hecho reflexionó, escribió acerca de ella. Pero también Álvaro de Campos estuvo interesado en la renovación del lenguaje poético, así como de la comunicación en general. ¡Y pensar que tanta teoría comunicacional pudo haber quedado encajonada para siempre!

Caeiro corre con su yo por la naturaleza. Es un tigre, una orquídea, una brizna de paja, un río, una nube, un conejito, una manzana: “soy algo natural”, “mi mirada es nítida como un girasol”. ¿Es arriesgado decir que Caeiro carece de filosofía? Sin duda tiene sentidos. Por eso piensa con la boca y con la nariz y con los ojos y con los pies y con las manos y con los oídos: “pensar una flor es verla y olerla / y comer una fruta es conocer su sentido”.

Pessoa y su “yo” se involucran y a la vez se distancian de todo. Incluso coquetearon con las siempre latentes ciencias esotéricas. Se sabe que dejó escritos sobre ocultismo y misticismo, que asistió a sesiones de espiritismo y que leyó a los rosacruces. Pero de los horóscopos que elaboró como aspirante a astrólogo, desafortunadamente no se sabe nada.

Caeiro vive en la intemporalidad animal. ¿Es fácil etiquetarlo? Según Álvaro de Campos es el paganismo y, como los griegos, carecía del concepto de infinito: “lo que no tiene límites no existe...”, dijo. A propósito del librero Campos, veamos esta minibiografía:



Nace en Tariva, el 15 de octubre de 1890. La fecha coincide con su horóscopo, dice Pessoa. Estudios de liceo; después, en Glasgow, de ingeniería naval. Ascendencia judaica. Viajes a Oriente. Paraísos artificiales y otros. Partidario de una estética aristotélica, que ve realizada en tres poetas: Whitman, Caeiro y él mismo. Usaba monóculo. Irascible Impasible⁸.

Pessoa buscó la libertad por medio de la comunicación. Caeiro creyó encontrarla en el conocimiento y la hace suya nombrando las cosas. Reis halló la libertad en el día a día (*carpe diem*), o como ya mostramos, en la muerte. Coelho Pacheco, a quien sólo habíamos nombrado, la halla en la necesidad imperiosa que tiene de decidir, de tomar partido, pues como dijo con una lucidez que impresiona, nunca logró concederse autorización para el término medio. Este poeta amante de las síntesis y de las sistematizaciones era además poseedor de una lógica que podría tildarse de refinada y grotesca a la vez:

*Un ave siempre es bella porque es ave
y las aves siempre son bellas
pero un ave sin plumas es tan repugnante como un sapo
y en un montón de plumas no hay belleza
de este hecho en sí tan desnudo yo no sé inducir nada
pero siento que debe haber en él una verdad muy grande*

La estrofa anterior pertenece a un poema de Pacheco llamado “Más allá del océano”, el cual dedica a su maestro Caeiro. A pesar de la autosuficiencia que exudan muchos de los versos del largo poema de Coelho, al final la soledad del heterónimo es la que impone su bandera.

Después de todo, nuestro mundo material está signado por la soledad. Caeiro fue un solitario. ¿Estamos solitarios en el universo-mundo? Veo tantos solitarios en los tumultos. La Primera y la Segunda Guerra Mundial fueron enfrentamientos de solitarios. El fin de un milenio ha sido brote de solitarios. Mirar al pasado es redescubrirlos. Escuchemos a Pessoa:

⁸ Paz, Octavio (1985). *Fernando Pessoa / Antología*. Barcelona: Editorial Laia, p. 18.



Mi alma es un maelstrom negro, vasto vértigo alrededor del vacío, movimiento de un océano infinito en torno a un agujero de nada, y en las aguas que son más giros que aguas boyan todas las imágenes que he visto y oído en el mundo –van cosas, caras, libros, cajones, rastros de música y sílabas de voces– en un remolino siniestro y sin fondo. Y yo, verdaderamente yo, soy el centro que no existe en esto sino mediante una geometría del abismo; soy la nada en torno a la cual gira este movimiento, sin que ese centro exista sino porque todo círculo lo tiene. Yo, verdaderamente yo, soy el pozo sin muros, pero con la viscosidad de los muros, el centro de todo con la nada alrededor (*Libro del desasosiego*; fragmento 25).

A Caeiro podríamos definirlo como un extremista, pero ninguna definición en realidad le cabe. Para él, objetos y personas son lo que son; ver lo contrario es alejarse del amor, dejar de sentir al objeto o a la persona. Refiriéndose a Caeiro, Antonio Mora, otro de los inventos de Pessoa y buscador de la génesis de la verdad poética, dice: “Aquel que a cada cosa le da valor por haber sido creada por “Dios”, le da valor por aquello que no es: por aquello que recuerda. Sus ojos se han fijado en otra cosa, y en otro lugar su pensamiento”⁹.

Pero “en los extremos no hay extremos, y las caras se disuelven porque las formas son continuas”¹⁰. Eso leí en un texto del profesor Jorge Portilla. La frase, perteneciente a Cary Wolfe¹¹, es digna de un insólito escritor argentino que sí supo moverse en los extremos: Jorge Luis Borges. Pessoa, que no era un extremo *per se*, tuvo miedo de la ausencia de sí mismo, pero siendo otro al desbordarse en los extremos de sus heterónimos, pudo volar y conocerse conscientemente. Ahora, ¿eso de buscarse en los otros que uno pueda asumir no implica un desconocimiento del propio ser? ¿Es mero palabreo lo que digo? Caeiro y Pessoa solían palabrear. Aunque las palabras para Pessoa eran cuerpos tocables; para Caeiro, sólo palabras, partes limitadas del idioma.

⁹ Pessoa, Fernando (1985). *Poesía*. Madrid: Alianza Editorial, p. 91.

¹⁰ Portilla, Jorge (1999). “Reflexiones filosóficas sobre algunas corrientes actuales de la Teoría General de Sistemas” (274). *Revista Anales*, Vol. 8, 2ª parte, pp. 267-282.

¹¹ Wolfe, Cary (Spring, 1995). “In Search of Post-Humanist Theory: The Second Order Cybernetics of Maturana and Varela” en *Cultural Critique*, pp. 33-70.



Caeiro, mediante simples palabras, va al fondo de la realidad inmediata de las cosas. Ni más ni menos. Antonio Mora, de nuevo refiriéndose al cándido poeta, pregunta: “¿Cómo puede amar una cosa quien la ama por un principio externo a ella? La primera regla del amor, y también la última, es que la cosa amada sea amada por ser esa cosa y no otra, y amada por ser objeto de amor, no porque haya “razón” para amarla”¹².

Sí, sabemos que Caeiro aprecia la realidad tal cual es. Sin embargo, piensa que sólo los niños, con su inocencia, ven las cosas limpias de toda expresión e imposición. De allí que estime que el poeta puro pueda habitar en la misma casa que el Niño Eterno:

*El Niño Nuevo habita donde vivo,
y una mano me la da a mí
y la otra a todo cuanto existe,
y así vamos los tres por los caminos
saltando y cantando y riendo
y gozando nuestro común secreto,
que es el de saber en cualquier parte
que no hay misterio en el mundo
y que para nosotros todo vale la pena.*

A Pessoa las palabras lo conducían al futuro y sólo le hallaba sentido a las cosas en la estética. De allí que al dividirse buscara a quién asignarle sus carencias. En “El encubierto” dice: “¿Qué símbolo fecundo / Trae la aurora ansiosa?”. El pesimismo, las alegrías del presente las depositó en sus heterónimos. Aseguró tener *saudades* por todo; luego negó sentir las. ¿Al respecto fue neutro? ¿No añoró las tristezas o alegrías de la infancia? ¿No vibró con esas “artificialidades”? ¡Artificialidades! Así se refirió a esos espasmos del alma asociados a los sobresaltos de la niñez. Ah, sólo la falta de dinero fue capaz de deprimirlo. ¿Y en una sociedad como la nuestra a quién no? A Caeiro la lucidez no le permitió crear mundos. En cambio Pessoa creó universos a su alrededor: la ficción antes que nada. Pero tuvo conciencia de ello y alguna vez dudó de su realidad.

¹² Pessoa, Fernando (1985). *Poesía*. Madrid: Alianza Editorial, p. 91.



Él es lo consciente e inconsciente. Le cabe esta pregunta: ¿seré pura metafísica?

Caeiro, el instante, hallaba metafísica en cualquier lado. Por ejemplo, en la envoltura de un chocolate, en la niña que lo come. Pessoa advirtió de su metafísica cuando se encontró con Caeiro, el negador de todo, salvo de la existencia. Es más, sabía de sí por sus sentidos. Él es lo que no pudo ser Pessoa. Pero ambos, para existir, abordan la misma vía, la de la poesía. Sólo que Caeiro utiliza un camino recto, corto; Pessoa, uno largo, *curvoso*.

Caeiro supo que moriría y que moriría el mundo. Pero estuvo consciente de la vida que hay en la muerte. En cambio Pessoa la ignoró, o la simbolizó. Para Reis –valga la insistencia–, la muerte preside cada uno de nuestros actos, que al pasar, mueren.

Definitivamente, Pessoa crea símbolos; Caeiro, nada. Quizás por ello no supo de cansancios y evadió el tedio nombrando. Este poeta, que no tuvo rostro –por ende no utilizó máscaras– y que no creyó en fantasmas, jamás se preocupó por el movimiento. No reparó en eso, no le importó. En cambio Pessoa trató de escapar y permanece. El hombre que necesitó de otros rostros nunca supo a dónde ir. Se movió, sí, pero a través de los encierros de su fragmentación. Y aun cuando sus fantasmas cobraron vida, se creyó uno. Porque a pesar de sus particiones, no se supo escindido.

Para Caeiro el tiempo es un presente intemporal donde cabe cualquier cosa. Por ejemplo, la nada, que no existe. Llega a ese estadio por vía natural: la muerte. Muere joven, antes de que sus discípulos corporales y no corporales inicien su obra. Estos últimos, por su parte, sustentan sus existencias en el silencio, que es fundamental para que intenten una medida. Claro, son mutismos diferentes los que experimenta cada uno de esos heterónimos.

En Pessoa la voz se multiplica fuera de él, dejándolo imperceptible. Y es que la reticencia está detrás de los muros donde intuye la posibilidad existencial de los otros, la de su centenar de personalidades. No obstante arribó al umbral de la abstención escribiendo sobre ausencias y, como ya se ha dicho, ausencia es metáfora de muerte, silencio puro.



Referencias bibliográficas

- BALZA, JOSÉ (1973). *Lectura transitoria*. Caracas: En Negro, p. 27.
- BENARES, CAMDEN (1989). *El zen sin maestro*. Barcelona: Índigo. p. 87.
- FLORES, MIGUEL Á. (2002). "Ricardo Reis: Horacio escribe en portugués". *El Nacional*, Caracas, Papel Literario, p. 3.
- FLORES, MIGUEL Á. (2002). "Ricardo Reis: Horacio escribe en portugués". *El Nacional*, Caracas, Papel Literario, p. 3.
- FLORES, MIGUEL Á. (2002). "Ricardo Reis: Horacio escribe en portugués". *El Nacional*, Caracas, Papel Literario, p. 3.
- FLORES, MIGUEL Á. (2002). "Ricardo Reis: Horacio escribe en portugués". *El Nacional*, Caracas, Papel Literario, p. 3.
- PAZ, OCTAVIO (1985). *Fernando Pessoa / Antología*. Barcelona: Editorial Laia. p. 18.
- PESSOA, FERNANDO (1985). *Poesía*. Madrid: Alianza Editorial. p. 91.
- PESSOA, FERNANDO (1985). *Poesía*. Madrid: Alianza Editorial. p. 91.
- PORTILLA, JORGE (1999). "Reflexiones filosóficas sobre algunas corrientes actuales de la Teoría General de Sistemas" (274). *Revista Anales*, Vol 8, 2ª parte, pp. 267-282.
- WOLFE, CARY (Spring 1995). "In Search of Post-Humanist Theory: The Second Order Cybernetics of Maturana and Varela" en *Cultural Critique*, pp. 33-70.
- ZWEIG, STEFAN (1950). *Casanova*. México: Editorial Diana, S.A.